

R
Reseñas
Net

Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red

Año 6, N° 10- Rosario- Argentina, Abril de 2013

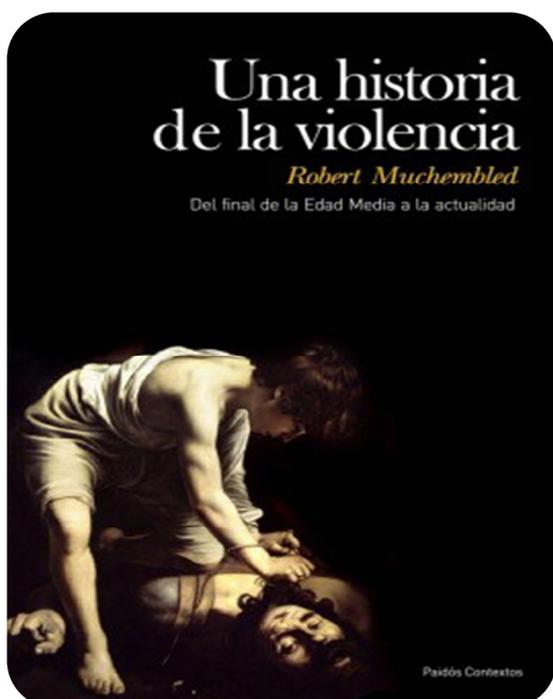
ISSN 1851-748X. Es una publicación del Centro de Estudios Espacio, Memoria e Identidad de la Universidad Nacional de Rosario, pp. 17-21

Edición Aniversario
10° Número



MUCHEMBLED, Robert, *Una historia de la violencia. Del final de la Edad Media a la actualidad*, Madrid, Paidós, 2010, 398 páginas. ISBN 978-84-493-2421-5

Sebastián Godoy¹
Universidad Nacional de Rosario
la_fosa_vive@hotmail.com



Cuando las inquietudes sobre el presente motorizan una indagación histórica, el resultado siempre es estimulante. Este es el caso de *Una historia de la violencia* de Robert Muchembled. Si bien el libro es en parte producto de su trabajo de varias décadas en los archivos judiciales del condado de Artois en Francia entre los siglos XVI y XVII, también intenta explicar el rebrote de la violencia juvenil en Europa a principios del siglo XXI. En efecto, lo señala como una “*brutal emergencia, a finales del siglo XX, del problema planteado por los jóvenes alborotadores de los suburbios*” (p. 12), particularmente en Francia. Las dos preguntas fundamentales que formula son: ¿cómo la cultura occidental logró mermar y resignificar la violencia en siete siglos? ¿A qué causas obedece el actual renacer de la violencia juvenil?

A partir de este disparador, el autor construye sus hipótesis y su periodización. La violencia ha formado parte de las tramas más profundas del Viejo Continente, al menos hasta el siglo XIV. Desde entonces, lo que él llama la “*fábrica*” europea ha sabido “*civilizar las*

¹ Recibido: 10/12/2012
Aceptado: 18/12/2012

costumbres” (siguiendo la famosa fórmula de Norbert Elías²) de los jóvenes mozos, principales protagonistas de los episodios de violencia documentados del período. “*Gracias a la institución judicial, [la violencia] pasa lentamente del estatus de lenguaje colectivo normal creador de lazos sociales (...) al estatus de tabú fundamental.*” (p. 11). La periodización sitúa entonces una ruptura, cuando una Europa traumatizada por la seguidilla de guerras, devalúa la visión de la sangre y se dedica a controlar los comportamientos individuales.

El autor de *Una historia del Diablo* agrega ciertos condimentos a la tesis de Elías. La afirmación de este último según la cual el abandono de la violencia es el resultado de un intercambio en el que la población adquiere mayor protección del Estado desconoce la existencia, a partir del siglo XIV en las ciudades, de “*una voluntad de hacer más flexibles los mecanismos de las relaciones sociales en los universos urbanos...*” (p. 119)

Cuando Muchembled se pregunta acerca de los rebrotes de violencia juvenil en la actualidad, formula la hipótesis más fuerte: el potencial agresivo de los jóvenes es desviado y encauzado por diversas instituciones y dispositivos sociales que hacen que éste sea más útil que peligroso. Sin embargo, este mecanismo a veces falla. No en épocas de guerra, sino en tiempos de paz y fuerte crecimiento demográfico, porque entonces los jóvenes encuentran mayores dificultades para su inserción. Existe una estrecha correlación entre los brotes de la violencia juvenil y el mal funcionamiento de los “*procedimientos de gestión del reemplazo generacional en el territorio europeo*” (p. 13)

El libro comienza problematizando sobre qué es la violencia, abordando explicaciones biologicistas, psicológicas, jurídicas, hasta llegar a las históricas. Tomando datos como la composición etaria, sexual y social de los perpetradores de homicidios, vislumbra algunas líneas de continuidad y ruptura: la mayoría de los que matan son hombres y jóvenes. El autor toma al homicidio como indicador del aumento o disminución de la violencia y a su tratamiento judicial por parte de los Estados, como manifestación del avance de la “*pacificación de las costumbres*” en los países europeos. Ensayo interpretar asimismo las causas de la violencia homicida, analizando las costumbres de diversos países europeos entre los siglos XIV y XVII, en sus diferentes estratos sociales y espacios de sociabilidad. La recurrencia a lecturas de clásicos de la sociología es una constante en este punto, a los que intercala con historiadores del crimen y la cultura medieval y del Antiguo Régimen.

La metodología de Muchembled es similar en casi todos los capítulos siguientes. Primero hace afirmaciones generales a nivel europeo para pasar luego a realizar análisis de casos en los que siempre se destacan varias zonas de Francia (haciendo hincapié en Artois) e Inglaterra, y en menor medida, regiones de Italia, Alemania y Países Bajos.

El lector entra en este estudio a partir de los colectivos rurales medievales, para luego ingresar en el análisis del mundo urbano. Cuando Muchembled se dedica a analizar los datos ‘duros’ acerca de homicidios, denuncias, perdones reales, etc., se basa en su largo trabajo en Artois, así como en registros varios procedentes de diversas regiones europeas durante los siglos XVI y XVII. Con un manejo de censos y

² Norbert Elías, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE, 1988.

estadísticas que habla de un largo y meticuloso trabajo de archivo y consultas de material específico, el autor emplea una historiografía de la cuantificación prácticamente implacable. Las series de datos dan cuenta menos de realidades criminales que de enfoques represivos del Estado.

Para el autor, esta arraigada cultura de la violencia lícita por parte de la juventud masculina en relación al honor se fue adaptando a lo que él llama “revolución judicial” del siglo XVII. Es así que la Europa de las guerras de religión logró contener y encauzar esta fuerza destructiva endémica al comenzar a volver su mirada sobre los jóvenes hombres en general, empleando nuevas formas de control y educación. Para el autor, era necesario operar entonces una nueva forma de relevo generacional que permitiera el desarrollo económico de las pujantes ciudades. Este apaciguamiento obedece a una mirada estatal “*cada vez más severa sobre la brutalidad que rige los intercambios sociales.*” (p. 46)

Muchembled describe en los primeros capítulos lo difícil que fue para los Estados el camino hacia la pacificación de las costumbres desde finales del medioevo. Desde hacía siglos, la violencia era considerada legítima y necesaria, la manera naturalizada de tramitar los intercambios materiales y simbólicos de la sociedad. La juventud masculina estaba en el centro de esta brutalidad cotidiana, la cual era mediatizada en situaciones lúdicas en las que se ponía en juego el honor y la virilidad. La arraigada costumbre de portar armas hacía fácil que del juego se pasara al asesinato. Las fiestas del calendario agrolitúrgico eran las ocasiones propicias para estas demostraciones de fuerza, ya que se les permitía una total desinhibición a los jóvenes armados.

Hacia fines del siglo XVII las costumbres rurales y urbanas comenzaron a mutar, cuando los Estados consiguieron amortiguar y encauzar la violencia de sus hijos varones. Estos valores fueron calando más rápidamente en las ciudades, espacios sociales más controlables para los poderes públicos. El recurso de las multas así como el de las “treguas” aparecieron como algunos de los factores que operaron este cambio. Las urbes amortiguaron de esta manera las escaladas de violencia de sus habitantes sin llegar al recurso de los suplicios. Los gremios tuvieron un papel importante en ese aspecto regulando a sus miembros. El precio de esta mecánica fue la exclusión de los que no tenían oficio ni domicilio.

Las ciudades dividían y administraban su espacio, logrando un control efectivo de sus residentes. De esta manera, el autor intenta desmentir las tesis tradicionales que ligaron el control social con el surgimiento de las monarquías absolutas, mostrando a las urbes como pioneras en esta política al menos desde el siglo XIV.

Muchembled sitúa la transición hacia la monopolización de la represión y la criminalización de la violencia por parte del Estado centralizado entre los siglos XVI y XVII. El homicidio concebido como crimen capital y la construcción de los géneros sexuales son explicados como procesos concomitantes.

En un intento de matizar la interpretación de Foucault acerca de las relaciones de poder en el Estado moderno, el autor prefiere definirlo como un polo capaz de “*escuchar quejas*” de los gobernados. Las reglas y normas son descritas así como “*aclimatadas*” de forma circular entre la cima y la base social. Según esta explicación,

la nueva represión y control eran el resultado de una “*ardua negociación permanente entre los poderes centrales y los adultos que rigen las comunidades con vistas a definir unos medios (...) capaces de “fabricar” una juventud dócil...*” (p.155). A partir de estos intereses comunes y de complejos intercambios, se irá inventando la adolescencia como una edad a vigilar para mantener la paz. Por otro lado, para el autor los suplicios públicos ocurrieron antes y por menos tiempo del definido por Michel Foucault, en la llamada “*revolución judicial*”, entre los siglos XVI y XVII. A partir de entonces, el Estado no necesitó más la espectacularidad de los suplicios. El capítulo 5 describe e historiza todas las implicaciones materiales y simbólicas de la pena capital durante ese período en Europa. Cada sexo tuvo su propia forma de violencia no tolerada, por lo que se fueron construyendo los sujetos sexuados con crímenes específicos a castigar para cada uno.

La violencia se fue metamorfoseando en particular a lo largo del siglo XVII. El duelo nobiliario y la revuelta campesina reflejaron distintas formas de resistencia y adaptación a los nuevos códigos impuestos. Esos códigos buscaron concentrar el uso de la violencia legítima en los ejércitos estatales y desarmar a los súbditos. Lentamente el tabú de la sangre se fue imponiendo sobre quienes exigían su derecho a mantener sus costumbres de brutalidad secular.

Según Muchembled, Europa logró domesticar a sus habitantes y desterrar la violencia cotidiana de su territorio desde fines del siglo XVII. La periodización de este proceso abarca desde 1650 hasta 1960 y se refiere a la separación ya clara entre la violencia legítima empleada en las guerras y los asuntos de Estado y aquella ilegítima, considerada anormal e inquietante: el hombre “soldado” debe tener su contrapartida en el “buen ciudadano”. La justicia criminal adquirió un papel preponderante a este respecto, ya que dirigía a los ciudadanos un mensaje normativo acompañado de sanciones en caso de que no se respetasen los códigos. La violencia dejó así el espacio público para recluirse en lo privado. En este punto, Muchembled vuelve a discutir con Elías y Foucault al describir a la justicia moderna como prescriptiva y represiva a la vez.

La paradoja del siglo XX residió en que la violencia se había vuelto inaceptable en lo cotidiano mientras se preparaban las carnicerías humanas de las guerras mundiales. En este contexto, la figura del monstruo asesino individual se vuelve fascinante para un público ávido de horror. El autor observa a la novelización de la brutalidad como una tensión útil a los fines de las naciones: cumple la doble función de pacificar a los varones ofreciéndoles la visión de la muerte sin llegar al acto, mientras que los prepara para la eventualidad de la brutalidad de las guerras. Asesinos y mal vivientes se convierten en objeto de una proyección burguesa que mezcla atracción y aversión. La literatura negra pone así en cuestión la moral de las apariencias, tan costosa para los Estados civilizados.

Finalmente Muchembled se acerca al tema que lo acucia: desde 1945 los jóvenes mozos que esperan su oportunidad de inserción ya no son diezmados por las guerras y el mundo se llena de aspirantes, pero también de viejos que tardan cada vez más en ceder su sitio a las nuevas generaciones. Asimismo este universo está en permanente tensión entre la abundancia y la miseria que esta misma abundancia, reproducida por los medios masivos de comunicación, hace insoportable para los excluidos del sistema. En este contexto, la violencia adquiere el formato espectacular de las bandas juveniles.

Si bien el objeto y tema del libro no son tan novedosos en lo que concierne al campo historiográfico, la idea de la transacción generacional como motivo profundo de los brotes de violencia es muy estimulante. Esta noción, que es la que compone el núcleo de su razonamiento, nos lleva a preguntarnos por la naturaleza de la violencia humana: si no se puede rastrear en lo biológico, su explicación debería residir en las tramas más naturalizadas y por lo tanto ignotas de nuestra cotidianeidad. Es entonces cuando el autor nos hace mirarnos a nosotros mismos, en tanto jóvenes, adultos, niños o ancianos y preguntarnos por nuestro lugar en el complejo mapa social del mundo contemporáneo. ¿Cuál es el papel que nos toca en el teatro del mundo?

Palabras clave: Violencia - Juventud - Género - Estado

Key words: Violence - Youth - Gender - State